



FONDO
ABELARDO A. LEAL LEAL

480-33
LB 51
E 60
1879
V. I-2



EMILIO

LIBRO PRIMERO.

82773

Todo sale perfecto de manos del autor de la naturaleza; en las del hombre todo degenera. A esta tierra la fuerza á que dé las producciones de otra; á un árbol á que sustente frutos de tronco ajeno; los climas, los elementos, las estaciones los mezcla y los confunde; estropea su perro, su caballo, su esclavo; todo lo trastorna, todo lo desfigura; la disformidad, los monstruos le agrada; nada le place como lo formó la naturaleza; nada, ni aun el hombre, que necesita amañarle para su uso como á caballo de picadero, y configurarle á su antojo como á los árboles de su vergel. Peor fuera si lo contrario sucediese, porque el género humano no consiente quedarse á medio modelar. En el actual estado de cosas, el mas desfigurado de todos los mortales sería el que desde su cuna á sí propio le dejaran abandonado; en este el natural le sofocarían las preocupaciones, la autoridad, el ejemplo, todas las instituciones sociales en que vivimos sumidos, y sin sustituir otra cosa; semejante al arbolillo nacido en mitad de una vereda, que muere en breve sacudido por los caminantes, que tiran en todas direcciones de su rama.

A ti dirijo estos renglones, madre amorosa y prudente, que has sabido apartarte del camino trillado, y

preservar el naciente arbolillo del choque de las humanas opiniones (1). Cultiva y riega el tierno renuevo antes que muera; así serán un día sus sazonados frutos las delicias tuyas. Levanta al punto un coto en torno del alma de tu hijo; señale otro en buen hora el circuito, pero tú sola debes alzar la valla.

A las plantas las endereza el cultivo, y á los hombres la educacion. Si naciera el hombre ya grande y robusto, de nada le servirían sus fuerzas y estatura hasta que aprendiera á valerle de ellas, y le serían perniciosas porque retraerian á los demás de asistirle (2): abandonado entonces á sí propio, se moriria de necesidad, antes de que conocieran los otros su miseria. Nos quejamos del estado de la infancia, y no miramos que

(1) La educacion primera es la que mas importa, y esta sin disputa compete á las mujeres; y si el autor de la naturaleza hubiera querido fiársela á los hombres, les hubiera dado leche para criar á los niños. Así, en los tratados de educacion se ha de hablar especialmente con las mujeres, porque además de que pueden celarla mas de cerca que los hombres, y de que tienen mas influjo en ella, el logro las interesa mucho mas, puesto que la mayor parte de las viudas se quedan á merced de sus hijos, que entonces les hacen experimentar los buenos ó malos frutos de la educacion que les han dado. Las leyes, que siempre se ocupan en las cosas, y casi nunca en las personas, porque su objeto es la paz, no la virtud, no otorgan la suficiente autoridad á las madres, aunque sea su estado mas cierto que el de los padres, mas penosas sus obligaciones, mas importantes sus afanes para el buen orden de las familias, y en general, mayor el cariño que á sus hijos tienen. Casos hay en que un hijo que falta al respeto á su padre, puede merecer alguna disculpa; pero si en un lance, sea cual fuese, se hallare un hijo de tan mal natural que falte al respeto á su madre, á la que le trajo en su vientre, le crió á sus pechos, y por espacio de muchos años se olvidó de sí propia para no pensar mas que en él, bueno fuera sofocar á este desventurado, como un monstruo que no merece ver la luz del día. Dicen que las madres miman á sus hijos; en eso hacen mal; pero no tanto como vosotros, que los depravais. Una madre quiere que su hijo sea feliz, y que lo sea desde el momento actual. En eso tiene razon; cuando se equivoca en los medios, conviene desengañarla. Mil veces mas perjudiciales son para los hijos la ambicion, la avaricia, la tirania, y la falaz prevision de los padres, que el cariño ciego de las madres. En cuanto á lo demás, es preciso explicar el sentido que doy yo al nombre de madre, y esto lo haré mas adelante.

(2) Parecido á ellos en lo exterior, y careciendo del habla y de las ideas que con ella se expresan, no estaria en estado de darles á entender la necesidad que tendria de su auxilio, y en nada echarian de ver esta necesidad.

hubiera perecido el linaje humano si hubiera principiado el hombre por ser adulto.

Débiles nacemos, y necesitamos de fuerzas; desprovistos nacemos de todo, y necesitamos de asistencia; nacemos estúpidos, y necesitamos de inteligencia. Todo cuanto nos falta al nacer, y cuanto necesitamos siendo adultos, eso lo debemos á la educacion.

La educacion es efecto de la naturaleza, de los hombres, ó de las cosas. La de la naturaleza es el desarrollo interno de nuestras facultades y nuestros órganos; la educacion de los hombres es el uso que nos enseñan estos á hacer de este desarrollo; y lo que nuestra experiencia propia nos da á conocer acerca de los objetos cuya impresion recibimos, es la educacion de las cosas.

Así, cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres maestros. Nunca saldrá bien educado, ni se hallará en armonia consigo mismo, el discipulo que tome de ellos lecciones contradictorias; solo ha dado en el blanco y vivirá una vida consiguiente, aquel que vea conspirar todas á un mismo fin y versarse en los mismos puntos; este solo merecerá el titulo de bien educado. De estas tres educaciones distintas, la de la naturaleza empero no pende de nosotros, y la de las cosas solo en parte está en nuestra mano. La única de que somos de verdad los árbitros, es la de los hombres, y esto mismo es todavía una suposicion; porque ¿quién puede esperar que ha de dirigir enteramente los razonamientos y las acciones de todos cuantos á un niño se acerquen?

Por lo mismo que es la educacion un arte, casi es imposible su logro, puesto que de nadie pende el concurso de causas indispensables para él. Todo cuanto puede á fuerza de diligencia conseguirse, es acercarse mas ó menos al blanco; pero es ventura dar en él.

¿Qué blanco es este? El mismo de la naturaleza; esto lo hemos probado ya. Una vez que para su reciproca perfeccion es necesario que concurran las tres educaciones, hemos de dirigir las otras dos, á aquella en que ningun poder tenemos. Pero, como acaso tiene la voz de naturaleza una significacion sobrado vaga, conviene que procuremos fijarla.

Nos dicen que la naturaleza no es otra cosa que el hábito. ¿Qué quiere decir esto? ¿No hay hábitos contraidos por fuerza y que nunca sofocan la naturaleza, como, por ejemplo, el de las plantas, en que se ha impedido la direccion vertical? Así que dejan la planta libre, si bien conserva la inclinacion que la han precisado á que tome, no por eso ha variado la primitiva direccion de la sávia, y si continúa la vegetacion, otra vez se torna en vertical su prolongacion. Lo mismo sucede con las inclinaciones de los hombres. Mientras que permanecen en un mismo estado, pueden conservar las que resultan de la costumbre y menos naturales son; pero luego que varia la situacion, se gasta la costumbre y vuelve el natural. La educacion, cierto, no es otra cosa que un hábito. ¿Pues no hay personas que se olvidan de su educacion y la pierden, mientras que otras la conservan? ¿De dónde proviene esta diferencia? Si ceñimos el nombre de naturaleza á los hábitos conformes á ella, podemos excusar esta gerigonza.

Nacemos sensibles, y desde que nacemos, excitan en nosotros diversas impresiones los objetos que nos rodean. Luego que tenemos, por decirlo así, la conciencia de nuestras sensaciones, aspiramos á poseer ó evitar los objetos que las producen, primero, segun que son aquellas gustosas ó desagradables; luego, segun la conformidad ó discrepancia que entre nosotros y dichos objetos hallamos; y finalmente, segun el juicio que acerca de la idea de felicidad ó perfeccion que nos ofrece la razon formamos por dichas sensaciones. Estas disposiciones de simpatía ó antipatía, crecen y se fortifican á medida que aumenta nuestra sensibilidad y nuestra inteligencia; pero tenidas á raya por nuestros hábitos las alteran mas ó menos nuestras opiniones. Antes de que se alteren, constituyen lo que llamo yo en nosotros naturaleza.

Deberíamos por tanto referirlo todo á estas disposiciones primitivas, y así podria ser en efecto, si nuestras tres educaciones solo fueran distintas; pero ¿qué hemos de hacer cuando son opuestas, y cuando en vez de educar á uno para si propio, le quieren educar para los demás? La concordancia es entonces imposible; y preci-

sados á oponernos á la naturaleza ó á las instituciones sociales, es forzoso escoger entre formar á un hombre ó á un ciudadano, no pudiendo ser uno mismo una cosa y otra.

Toda sociedad parcial, si es íntima y bien unida, se enajena de la grande. Todo patricio es duro con los extranjeros, los cuales, no siendo mas que hombres, son nada ante sus ojos (1). ¡Inconveniente inevitable, pero de poca monta! Lo esencial es ser bueno con las gentes con quien se vive. En país ajeno, eran los espartanos ambiciosos, avaros, inícuos; pero reinaban dentro de sus muros el desinterés, la equidad y la concordia. Desconfiemos de aquellos cosmopolitas, que en sus libros van á buscar en apartados climas obligaciones que no se dignan desempeñar en torno de ellos. Filósofo hay que se aficiona á los tártaros, por no tener que querer bien á sus vecinos.

Su individuo es el todo para el hombre de la naturaleza; es la unidad numérica, el entero absoluto, que solo tiene relacion consigo mismo, mientras que el hombre de la ciudad es la unidad fraccionaria que determina el denominador, y cuyo valor expresa su relacion con el entero, que es el cuerpo social. Las instituciones sociales buenas, son las que mejor saben borrar la naturaleza del hombre, privarle de su existencia absoluta, dándole una relativa, y trasladando el *yo*, la *personalidad*, á la comun unidad; por manera, que cada particular ya no se crea uno, sino parte de la unidad, y solamente en el todo sea sensible. No era un ciudadano de Roma Cayo ni Lucio, que era un romano, y era el amor de su patria exclusivo en él, hasta del suyo propio. Por cartaginés se reputaba Régulo, como peculio que era de sus amos, y en calidad de extranjero se resistia á tomar asiento en el senado romano; fué preciso que se lo mandara un cartaginés. Indignado con los que le querian librar la vida, los venció, y se tornó triunfante

(1) Por eso las guerras de las repúblicas son mas crueles que las de las monarquias. Pero si es moderada la guerra de los reyes, su paz es terrible; mas vale ser enemigos que vasallos suyos.

á morir en horribles tormentos. Creo que este no se parecia mucho á los hombres que conocemos.

Presentóse el lacedemonio Pedarètes para ser admitido al Consejo de los trescientos, y desechado, se vuelve á su casa, rebosando en júbilo de que se hallaran en Esparta trescientos hombres de mas mérito que él. Supongo que esta demostracion fuese sincera, y no hay motivo para no creerla tal: este es el ciudadano.—Tenia una espartana cinco hijos en el ejército, y aguardaba noticias de la batalla. Llega un ilota, y se las pregunta asustada.—Tus cinco hijos han muerto.—Vil esclavo, ¿te pregunto yo eso?—Hemos alcanzado la victoria.—Corre al templo la madre á dar gracias á los dioses. Esta es la ciudadana.

El que en el órden civil quiera conservar la primacia á los afectos naturales, no sabe lo que se quiere. Siempre en contradiccion consigo propio, fluctuando siempre entre sus inclinaciones y sus obligaciones, nunca será hombre ni ciudadano, nunca útil, ni para sí ni para los demás; será uno de los hombres del dia, un francés, un inglés, un paisano, en una palabra, nada. Para ser algo, para ser uno propio y siempre el mismo, es necesario estar siempre determinado acerca del partido que se ha de tomar, tomarle resueltamente, y seguirle con teson. En mostrándome este portento, sabré si es hombre ó ciudadano, ó cómo hace para ser una cosa y otra.

De estos objetos, por necesidad opuestos, proceden dos formas contrarias de institucion; una pública y comun: otra particular y doméstica.

Quien se quiera formar idea de la pública educacion, lea *La República* de Platon, que no es una obra de política, como piensan los que solo por los títulos fallan de los libros, sino el mas excelente tratado de educacion que se haya escrito.—Cuando quieren hablar de un país fantástico, citan por lo comun la institucion de Platon. Mucho mas fantástica me parecería la de Licurgo, si nos la hubiera este dejado solo en un escrito. Platon se ciñó á apurar el corazon humano; Licurgo ha sojuzgado la naturaleza.

Hoy no existe la institucion pública, ni puede exis-

tir, porque donde no hay pátria, no puede haber ciudadanos. Ambas palabras, *pátria* y *ciudadanos*, se deben borrar de los idiomas modernos. Muy bien sé cuál es la razon; pero no quiero decirla, y no tiene conexion con mi asunto.

No contemplo instituciones públicas, esos risibles establecimientos que llaman colegios (1). Tampoco haré mencion de la educacion del mundo, porque como esta se propone dos fines contrarios, ninguno consigue, y solo es buena para hacer dobles á los hombres, que con apariencia de referirlo siempre todo á los demás, nada refieren que no sea á sí propios. Empero como estas muestras son generales para todo el mundo, á nadie enañan, y son trabajo perdido.

Nace de estas contradicciones la que en nosotros mismos experimentamos sin cesar. Arrastrados por la naturaleza y los hombres en sendas contrarias, forzados á seguir en parte estas impulsiones distintas, tomamos una direccion compuesta que ni á una ni á otra meta nos lleva. De esta suerte combatidos, fluctuantes durante la carrera de la vida, la concluimos sin haber podido ponernos de acuerdo con nosotros mismos, y sin ser de provecho ni para nosotros, ni para los demás.

Quédanos, pues, la educacion doméstica, ó la de la naturaleza. Pero ¿qué aprovechará á los demás, un hombre educado unicamente para él? Si por ventura los dos objetos que nos proponemos, pudieran ambos reunirse en uno solo, quitando las contradicciones del hombre, removeríamos un grande estorbo para su felicidad. Para decidir el punto, fuera preciso ver al hombre ya formado, haber observado sus inclinaciones, visto sus adelantamientos, seguido su camino; en una palabra, fuera preciso conocer al hombre natural. Creo que algunos pasos dará en esta investigacion, el que este escrito leyere.

(1) En muchas escenas, y con especialidad en la Universidad de Paris, hay profesores que quiero yo y aprecio mucho, y que tengo por muy idóneos para dar buena enseñanza á la juventud, si no los precisaran á seguir el método establecido. Exhorto á uno de ellos á que publique la reforma que ha proyectado. Pensarán acaso entonces en curar la enfermedad, cuando vean que aun tiene remedio.

¿Qué tenemos que hacer para la formación de este raro mortal? Mucho sin duda; estorbar que hagan nada. Cuando solo se trata de navegar contra el viento, se bordea; pero si está alborotada la mar y quieren que no se mueva el navío, es preciso aferrar el áncora. Mira, inexperto piloto, no arries el cable, no garre el ancla, y derive el navío antes que puedas estorbarlo.

En el orden social en que están todos los puestos señalados, debe ser cada uno educado para el suyo. Si un particular formado para su puesto sale de él, ya no vale para nada. Solo es útil la educación en cuanto se conforma la fortuna con la vocación de los padres; en cualquiera otro caso es perjudicial para el alumno, aunque no sea mas que por las preocupaciones que le infunde.

En Egipto, donde estaban los hijos obligados á seguir la profesion de sus padres, tenia á lo menos la educación un blanco determinado; pero en nuestros países, donde solo las gerarquías subsisten, y pasan los hombres sin cesar de una á otra, nadie sabe si cuando educa á su hijo para su estado, se afana en detrimento de él.

Como en el estado natural todos los hombres son iguales, su comun vocación es el estado de hombre; y aquel que para este hubiere sido bien criado, no puede desempeñar mal los que con él tengan conexión. Poco me importa que destinen á mi alumno para la tropa, para la iglesia, ó para el foro; que antes de la vocación de sus padres, le llamó la naturaleza á la vida humana. El oficio que enseñarle quiero, es vivir. Convento en que cuando salga de mis manos, no será ni magistrado, ni militar, ni clérigo; será, si, primero hombre, todo cuanto debe ser un hombre, y sabrá serlo, si fuere necesario, tan bien como el mas aventajado; en balde la fortuna le mudará de lugar, que siempre él se encontrará en el suyo. *Occupavi te, fortuna, atque cepi; omnesque aditus tuos interclusi, ut ad me aspirare non posses* (1).

(1) Te tengo, y te aprendí, ¡oh fortuna! y he vallado todos tus portillos, para que no puedas llegar hasta mí.

El verdadero estudio nuestro es el de la humana condición. Aquel de nosotros que mas bien sabe sobre llevar los bienes y males de esta vida, es en mi entender el mas bien educado; de donde se colige que no tanto en preceptos como en ejercicios, consiste la verdadera educación. Desde que empezamos á vivir, empieza nuestra instrucción; nuestra educación empieza cuando empezamos nosotros; nuestras nodrizas son nuestros preceptores primeros. Por eso la palabra *educación* tenia antiguamente otra significación que ya se ha perdido, y queria decir alimento. *Educit obstetrix*, dice Varron; *educat nutrix, instituit pedagogus, docet magister* (1). Educación, institución é instrucción, son por tanto tres cosas tan distintas en su objeto, como nodriza, ayo y maestro. Pero se confunden estas distinciones; y para que el niño vaya bien encaminado, no debe tener mas que un conductor.

Conviene, pues, generalizar nuestras ideas, considerando en nuestro alumno el hombre expuesto á todos los azares de la vida humana. Si naciesen los hombres clavados al suelo de un país, si durase todo el año una misma estación, si estuviera cada uno tan pegado con su fortuna que no pudiese esta variar, seria buena bajo ciertos respectos la práctica establecida: educado un niño para su estado, y no habiendo nunca de salir de él, no podria verse expuesto á los inconvenientes de otro distinto. Empero atendida la inestabilidad de las cosas humanas, atendido el espíritu inquieto y malcontentadizo de este siglo, que á cada generación todo lo trastorna, ¿es posible imaginar método mas desatinado que el de educar á un niño como si nunca hubiese de salir de su aposento, y hubiese de vivir siempre rodeado de su gente? Si da este desventurado un solo paso en la tierra, si baja un escalon solo, es perdido. No es eso enseñarle á aguantar el dolor, sino ejercitarle á que le sienta con mas viveza.

Los padres solo piensan en conservar á su niño; eso

(1) Saca á luz la partera, educa la nodriza, instituye el ayo, enseña el maestro. *Non. Marcell.*

no basta: debieran enseñarle á conservarse cuando sea grande, á aguantar los embates de la mala fortuna, á arrastrar la opulencia y la miseria, á vivir, si es necesario, en los hielos de Islanda, ó en la abrasada roca de Malta. Vano es tomar precauciones para que no muera; al cabo tiene que morir; y aun cuando no sea su muerte fruto de vuestros afanes, todavía serian necios estos. No tanto se trata de estorbar que muera, cuanto de hacer que viva. Vivir no es alentar, que es obrar, hacer uso de nuestros órganos, nuestros sentidos, nuestras facultades, de todas las partes de nosotros mismos que nos dan la íntima conciencia de nuestra existencia propia. No es aquel que mas ha vivido el que mas años cuenta, sino el que mas ha disfrutado de la vida. Tal llevaron á la sepultura de cien años, que fué cadáver desde la cuna. Mas le hubiera valido morir mozo, que á lo menos hubiera vivido hasta entonces.

En serviles preocupaciones se cifra toda nuestra sabiduría, y todos nuestros estilos no son otra cosa que sujecion, incomodidades y apremio. En esclavitud nace, vive y muere el hombre civil; cuando nace, le cosen en una envoltura; cuando muere, le clavan dentro de un ataúd; y mientras que tiene figura humana, le encadenan nuestras instituciones.

Dicen que algunas parteras pretenden dar mejor configuracion á la cabeza de los niños recién nacidos, apretándosela, ¡y se lo permiten! Están tan mal nuestras cabezas, como las formó el autor de la naturaleza, que nos las modelan por fuera las parteras y los filósofos por dentro. La mitad menos de desdicha tienen los caribes.

«Apenas ha salido el niño del vientre de su madre, y apenas disfruta de la facultad de mover y extender sus miembros, cuando le ponen nuevas ataduras. Le fajan, le acuestan con la cabeza fija, estiradas las piernas y colgando los brazos; le envuelven con vendas y fajas de todo género, que no le dejan mudar de situacion; y no es poca dicha si no le han apretado de manera que le estorben la respiracion, y si han tenido la precaucion de acostarle de lado para que pueda el agua que por la boca echare, salir por sí propia, porque no

le queda facultad para volver la cabeza de lado, á fin de facilitarle salida (1).»

El niño recién nacido necesita dilatar y mover sus miembros para sacarlos del entorpecimiento en que han estado tanto tiempo recogidos en un envoltorio. Verdad es que los estiran, pero les impiden el movimiento; sujetan hasta la cabeza con capillos; parece que tienen miedo de que den señales de vida. De esta suerte el impulso de las partes internas de un cuerpo que busca incremento, encuentra un obstáculo insuperable á los movimientos que requiere. Continuamente se afana el niño en esfuerzos vanos, que apuran sus fuerzas ó retardan sus progresos. Menos estrecho, menos ligado, menos comprimido se hallaba en el vientre de su madre que en sus fajas; no veo lo que ganado con nacer.

La inaccion y el apremio en que retienen los miembros de un niño, no pueden menos de perjudicar á la circulacion de la sangre y los humores, de estorbar que se fortalezca y crezca la criatura y de alterar su constitucion. En los países donde no toman tan extravagantes precauciones, son los hombres todos altos, robustos y bien proporcionados (2). Los países en que se fajan los niños, abundan en corcobados, cojos, raquíuticos, patizambos, gafos y lisiados de todos géneros. Por temor de que se desfiguren los cuerpos con la libertad de los movimientos, se dan prisa á desfigurarlos, poniéndolos en prensa, y de buena gana los harian tullidos, para impedir que se estropeasen.

¿Puede acaso tan cruel apremio tener menos influjo en su índole que en su temperamento? Su afeccion primera es afeccion de dolor y tormento; solo estorbos encuentran para todos los movimientos que necesitan; mas desventurados que un delincuente con grillos y esposas, hacen esfuerzos inútiles, se enfurecen y gritan. Decís que son llantos sus voces primeras. Yo lo creo: desde que nacen los atormentais; las primeras dádivas que de vosotros reciben son cadenas y torturas

(1) *Historia del hombre*, de Buffon.

(2) *Idem idem*.

el primer trato que experimentan. No quedándoles libre otra cosa que la voz, ¿cómo no se han de valer de ella para quejarse? Gritan por el daño que les haceis; mas gritaríais que ellos si así os encadenaran.

¿De dónde proviene tan desatinado estilo? De otro estilo inhumano. Desde que desdeñando las madres su primera obligacion no han querido criar á sus hijos, ha sido indispensable fiárselos á mujeres mercenarias, que viéndose madres de hijos ajenos, en cuyo favor no les hablaba la naturaleza, solo han pensado en ahorrarse trabajo. Hubiera sido forzoso estar en continua vela si el niño hubiera estado libre; pero bien atado le echan en un rincon sin curarse de sus gritos. Con tal que no haya pruebas de la negligencia de la nodriza, con tal que no se rompa al niño un brazo ni una pierna, ¿qué importa que se muera, ó que contraiga achaques para mientras viva? A costa de su cuerpo se conservan sus miembros, y en cualquier suceso no se le echa la culpa á la nodriza.

Estas amantes madres que desprendiéndose de sus hijos se entregan con júbilo á las diversiones y pasatiempos de los pueblos grandes, ¿saben acaso cómo tratan en la aldea á su hijo, envuelto en fajas y pañales? Al menor ruido le cuelgan de un clavo, como un lio de ropa vieja; y así crucificado, permanece el infeliz mientras que hace la nodriza sus haciendas. Todos cuantos se han hallado en esta situacion tenian amorado el rostro; oprimido con violencia el pecho, no dejaba circular la sangre que se arrebatava á la cabeza; y creian que estaba el paciente muy sosegado porque no tenia fuerza para gritar. No sé cuántas horas puede permanecer en este estado un niño sin perder la vida; pero dudo que puedan ser muchas. Esta pienso que sea una de las mayores utilidades que del fajado se sacan.

Alegan que dejando á los niños libres pudieran contraer malas posturas, y hacer movimientos que redundasen en detrimento de la buena conformacion de sus miembros. Este es uno de tantos vanos raciocinios de nuestra falaz sabiduría, que nunca ha confirmado experimento ninguno. De los muchísimos niños que en pueblos mas racionales que nosotros se crian con

toda la libertad de sus miembros, no vemos uno solo que se hiera ni se estropee, porque no pueden imprimir á sus movimientos la fuerza suficiente para que sean peligrosos; y cuando toman una postura violenta, en breve les advierte el dolor que la muden en otra.

Todavía no hemos pensado en fajar á los perros y gatos recién nacidos: ¿vemos que les redunde algun inconveniente de esta negligencia? Los niños son mas pesados... convengo en ello; pero tambien son á proporcion mas débiles. Apenas se pueden menear, ¿cómo se han de estropear? Si los tendiesen de espaldas, se morirían en esta postura, como el galápago, sin poder volverse.

No contentas con haber dejado de dar el pecho á sus hijos, dejan las mujeres de querer concebirlos; consecuencia muy natural. Como es tan gravoso el estado de madre, luego se halla modo para sacudirse de él totalmente; quieren hacer una obra inútil, para volver sin cesar á ella, y convierten en perjuicio de la especie, el atractivo mismo destinado á su multiplicacion. Añadida esta costumbre á las demás causas de despoblacion, nos indica la inmediata suerte de Europa. Las ciencias, las artes, la filosofia y las costumbres que engendra esta, la convertirán presto en un páramo; la poblarán fieras, y no será mucha la diferencia en cuanto á la especie de sus moradores.

Algunas veces he presenciado yo la arteria de mujeres mozas que suelen fingir que quieren criar ellas á sus hijos, y que saben hacer que las rueguen encarecidamente que se dejen de ese antojo, haciendo que medien los maridos, los médicos, y especialmente las madres. Si un marido se atreve á consentir que crie su mujer á sus pechos á su hijo, es hombre perdido, y le tildarán como á un asesino que quiere dar fin de ella. ¡Maridos prudentes, preciso es que sacrifiqueis en holocausto de la paz el amor paterno! Gracias á que se hallan en los lugares mujeres mas continentas que las vuestras: mayores teneis que darlas, si el tiempo que estas así ganan, no le emplean con hombres ajenos.

Indubitable es la obligacion de las mujeres; pero como tan poco aprecio hacen de ella, preguntan si es

cosa indiferente para los niños, mamar la leche de su madre ú otra cualquiera. Esta cuestion, de que son jueces los médicos, la tengo yo por resuelta á satisfaccion de las mujeres; y yo por mí, pienso tambien que vale mas que mame el niño la leche de una nodriza sana, que la de una madre achacosa, si hubiese nuevos males que temer de la misma sangre que le ha formado. ¿Debe, empero, mirarse esta cuestion meramente bajo el aspecto físico? ¿Necesita menos el niño del cuidado de una madre que de su pecho? Otras mujeres, y hasta animales, le podrán dar la leche que le niega esta; pero la slicitud maternal nada la suple. La que cria el hijo ajeno en vez del suyo, es mala madre: ¿cómo ha de ser buena nodriza? Podrá hacerse tal, pero será poco á poco; será preciso que el hábito corrija la naturaleza; y mientras, el niño, mal cuidado, tendrá lugar para morirse cien veces antes que su nodriza le tome cariño de madre.

De esta última ventaja misma procede un inconveniente que bastaria por sí solo para quitar á toda mujer sensible el ánimo de dar á su hijo á que le crie otra, que es el de ceder parte del derecho de madre, ó mas bien de enajenarle; el de ver que su hijo quiere á otra mujer tanto como á ella, y mas; el de contemplar que el cariño que á su propia madre conserva, es gracia, mientras que el que tiene á su madre adoptiva, es justicia; porque, ¿no debo yo el afecto de hijo á aquella que tuvo conmigo los afanes de madre?

El modo como se remedia este inconveniente, es inspirando á los niños el desprecio de sus nodrizas, y tratando á estas como meras criadas. Cuando han concluido su servicio, las quitan la criatura ó las despiden; y á fuerza de desaires, la privan de que venga á ver á su hijo de leche, que al cabo de algunos años ni la vé ni la conoce. Engañase la madre que piensa que puede ser sustituida, y que con su crueldad resarce su negligencia; y en vez de crear un hijo tierno, forma un hijo de leche despiadado, le enseña á ser ingrato y le induce á que abandone un día á la que le dió la vida, como á la que le alimentó con la leche de sus pechos.

¡Cuánto insistiera yo en este punto, si me desalentara menos tener que repetir en balde útiles consejos! Esto tiene conexion con muchas mas cosas de lo que se cree. ¿Queremos tornar á cada uno al cumplimiento de sus primeras obligaciones? Empecemos por las madres y nos pasará la mudanza de cosas que produzcamos. De esta primera depravacion procede sucesivamente lo demás; se altera el órden moral; en todos los pechos se extingue el buen natural; pierde el aspecto de vida lo interior de las casas; el tierno espectáculo de una naciente familia, ya no inspira apego á los maridos, ni atenciones á los estraños; es menos respetada la madre cuyos hijos no se ven; no hay residencia en las familias; no estrecha la costumbre los vínculos de la sangre; no hay padres, ni madres, ni hijos, ni hermanos, ni hermanas; apenas se conocen todos, ¿cómo se han de querer? Solo en sí piensa cada uno. Cuando la casa propia es un yermo triste, fuerza es irse á divertirse á otra parte.

Empero dignense las madres criar á sus hijos, y las costumbres se reformarán por sí solas; los afectos naturales revivirán en todos los pechos; se repoblará el Estado; este primer punto, este punto único lo reunirá todo. El mas eficaz antidoto contra las malas costumbres, es el atractivo de la vida doméstica; se torna grata la bulla de los niños que creen importuna, haciendo que el padre y la madre se necesiten mas, se quieran mas uno á otro, y estrechen entre ambos el lazo conyugal. Cuando es viva y animada la familia, son las tareas domésticas la ocupacion mas cara para la mujer, y el desahogo mas suave del marido. Así, enmendado este abuso, solo resultaria en breve una general reforma, y en breve recuperaria la naturaleza sus derechos todos. Tornen una vez las mujeres á ser madres, y tornarán tambien los hombres á ser padres y esposos.

¡Superfluos razonamientos! Ni aun el hastío de los deleites mundanos atrae nunca á estos. Dejaron las mujeres de ser madres, y nunca mas lo serán, ni querrán serlo. Aun cuando quisieran, apenas si podrian; hoy que está establecido el estilo contrario, tendria cada

una que pelear contra la oposicion de todas sus conocidas, coaligadas contra un ejemplar que las unas no han dado, y que no quieren seguir las otras.

No obstante, todavía se encuentran algunas pocas mujeres jóvenes de buena índole, que siendo osadas á arrostrar en este punto el imperio de la moda y los clamores de su sexo, desempeñan con virtuosa valentía esta tan suave obligacion que les impuso la naturaleza. ¡Ojalá se aumente el número con el atractivo de los bienes destinados á las que la cumplen! Fundándome en consecuencias que presenta el mas obvio raciocinio, y en observaciones que nunca he visto desmentidas, me atrevo á prometer á estas dignas madres un sólido y constante cariño de sus esposos, una verdadera ternura filial de sus hijos, la estimacion y el respeto del público, partos felices sin azares ni malas resultas, una salud robusta y duradera, la satisfaccion, en fin, de verse un día imitadas de sus hijas y citadas como dechado de las ajenas.

Sin madre no hay hijo; las obligaciones de entrambos son mútuas, y si se desempeñan mal por una parte, serán desatendidas por la otra. El niño debe amar á su madre antes que sepa que debe amarla. Si no esfuerzan la costumbre y los cuidados la voz de la sangre, fallece esta en los años primeros, y muere el corazón, por decirlo así, antes que haya nacido. Desde los primeros pasos, pues, ya nos apartamos de la naturaleza.

Por una senda opuesta salen también de ella las madres que en vez de desatender los cuidados maternos los toman con exceso, haciendo de sus hijos sus ídolos, acrecentando y prolongando su flaqueza por impedir que la sientan, y con la esperanza de zafarlos de las leyes de la naturaleza, apartan de ellos todo choque penoso, sin hacerse cargo de cuántos desmanes y riesgos para lo futuro acumulan sobre su cabeza por algunas pocas incomedidades de que por un instante los preservan, y de cuán inhumana precaucion es dilatar la flaqueza de la infancia bajo las fatigas de los hombres formados. Para hacer Tetis á su hijo invulnerable, dice la fábula que le sumió en las aguas de la laguna Estigia; alegoría tan hermosa como clara. Lo contrario

hacen las crueles madres de que hablo; preparan á sus hijos á padecer, á fuerza de sumirlos en la molición, y abren sus poros á todo género de achaques, de que no podrán menos de adolecer cuando sean adultos.

Observemos la naturaleza, y sigamos la senda que nos señala. La naturaleza ejercita sin cesar á los niños, endurece su temperamento con todo género de pruebas, y les enseña muy luego qué es pena y dolor. Los dientes que les nacen les causan calenturas; violentos cólicos les dan convulsiones; los ahogan porfiadas toses; los atormentan las lombrices; la plétora les pudre la sangre; fermentan en ella varias levaduras, y ocasionan peligrosas erupciones. Casi toda la edad primera es dolencias y riesgos; la mitad de los niños que nacen, perecen antes de llegar al octavo año. Hechas las pruebas, ha ganado fuerzas el niño; y así que puede usar de la vida, tiene mas vigor el principio de ella. Tal es la regla de la naturaleza. ¿Qué vale el oponerse á ella? ¿Quién no vé que pensando que la enmiendan, destruyen su obra y estorban la eficacia de sus afanes? Hacer en lo exterior lo que ejecuta ella en lo interior, dicen que es redoblar el peligro, mientras que por el contrario es hacer burla de él y estenuarle. Enseña la experiencia que mueren todavía mas niños criados con delicadeza que de los otros. Con tal que no se exceda el alcance de sus fuerzas, menos se arriesga con ejercitarlas que con no ponerlas á prueba.

Ejercitadlos por tanto á sufrir golpes que tendrán que aguantar un día; endureced sus cuerpos á la inclemencia de las estaciones, de los climas y los elementos, al hambre, á la sed, á la fatiga; bañadlos en las aguas estigias. Antes que el cuerpo haya contraído hábitos, se les dan sin riesgo los que se quieren; pero una vez que ha tomado consistencia, toda alteracion se hace peligrosa. Sufrirá un niño variaciones que no aguantaría un hombre: blandas y flexibles las fibras del primero, toman sin dificultad la forma que les dan; mas endurecidas las del hombre, no sin violencia pierden el doblez que han recibido. Así que es posible hacer robusto á un niño, sin exponer su salud y su vida; y aun cuando corriese algun riesgo, no se debería vacilar. Una